

¡Tiernas doncellas, que suspiráis por brillar en la sociedad y os regocijáis en vuestras prendas! ¡Ah! No olvidéis que es falaz vuestra gracia, y que la hermosura terrenal es vana y pasajera; si queréis ser alabadas y bendecidas, sed piadosas y timoratas como lo fué nuestra conciudadana, y haréis resonar el mundo con vuestros loores, porque la mujer que teme al Señor es quien será alabada.¹ ¡Herederos de la influencia y riquezas de la opulenta casa de Pérez Gálvez! Recordad las tremendas obligaciones que os impone vuestra nueva grandeza; respetad los últimos deseos de la que al legaros sus bienes, ha querido también legaros sus virtudes; interpretad con fidelidad sus generosas intenciones; haced que en verdad pueda decirse de la ilustre matrona, á quien tanto debemos todos, y en especial vosotros: mientras ella vivió y muchos años después de su muerte, no hubo quien turbara á Israel.

¹ Prov. XXXI.



SERMÓN DE EPIFANÍA

PREDICADO EN ROMA EL DÍA 12 DE ENERO DE 1864, DURANTE EL SOLEMNE
OCTAVARIO QUE HACE LA PÍA SOCIEDAD DE LAS MISIONES,
EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS DEL VALLE.



*Vidimus stellam ejus in Oriente
et venimus adorare eum.*

Hemos visto su estrella en el Oriente
y venimos á adorarle.

Mat. II, 2.

NO ignoráis, Señores, cuán grande es la fiesta que celebramos. Bien sabéis que, si en todo lugar y á todas horas debemos dar gracias al Todopoderoso, mucho mayor debe ser la efusión de nuestra gratitud en el aniversario de aquel día memorable, en que el Verbo Encarnado se dignó manifestarse á los gentiles. La presteza con que, acudiendo al llamamiento de la benemérita, aunque naciente Sociedad de las misiones, habéis concurrido á este sagrado templo á tributar el homenaje debido á los progenitores de la Iglesia,

como los llama el Crisóstomo,¹ y á contribuir, en cuanto esté de vuestra parte, á la propagación de aquella Fé que ellos con tanta prontitud abrazaron, con tanta fortaleza confesaron, bien me prueba los generosos sentimientos que os animan. Regocijáos, os diré pues con San León,² regocijáos en el Señor una y mil veces; porque apenas pasado el día de la Natividad gloriosa del Deseado de las Naciones, nos alumbra el de su admirable Epifanía; y el asombrado mundo reconoce hoy al que acaba de dar á luz la Virgen de las Vírgenes. Regocijáos, sí; que si ésta es por excelencia la fiesta de todos los que, no perteneciendo al pueblo entonces predilecto de Dios, hemos sido por su infinita misericordia llamados cual los Magos á la Religión verdadera, lo es mucho más especialmente de los que habéis venido á escucharme. Vosotros, cual ellos, guiados por la luz esplendente de la Fé, habéis abandonado vuestras patrias y hogares; y ya sea que hayáis tenido que desafiar las olas del Atlántico; ya sea que tan sólo el no menos tempestuoso Tirreno ó los escarpados Alpes se hayan opuesto á vuestro piadoso designio, no habéis temido arrostrar ningún peligro para venir á adorar á Cristo en la persona de su augusto Vicario; no os ha desanimado la indiferencia de los que se han rehusado á seguiros en vuestra santa peregrinación; no os ha aterrado el escarnio de los que os han señalado con el dedo como á ilusos adoradores de una potestad próxima á desplomarse. Tampoco os ha faltado quizás algún hipócrita Herodes que se haya ofrecido á adorar cual vosotros á nuestro Rey y Pontífice, mientras en su

¹ Serm. 5. de Epiphania.

² Serm. 2. de Epiphania.

corazón está tramando los planes más siniestros; ni falsos Doctores de la Ley que os indiquen dónde está el que buscáis, sin atreverse á alzar la voz para confesarlo. Tanta es, en efecto, la semejanza que encuentro entre el objeto que os ha traído á esta incomparable Ciudad de los Mártires, y el que llevara á Belén á los sabios y piadosos reyes de Oriente; tanta entre la ceguedad y obstinación de la raza impía que poblara entonces el mundo, y la incredulidad siempre creciente de la que ahora por todas partes nos rodea: tanta entre la misión sublime que los Magos recibieran de esparcir en sus remotos países la Fé que del divino Recién Nacido aprendieron, y la que á vosotros os compete de mantener encendido en los pechos de vuestros compatriotas el zelo por la Religión y el amor al Jefe de la Iglesia, que á pesar del temor que naturalmente me inspira el tener que hablar como maestro en presencia de muchos á cuyas plantas debiera sólo postrarme como humilde discípulo, no puedo menos que llenarme de gozo al dirigiros la palabra en el Centro mismo del Catolicismo, y en el sonoro idioma que Dios asignara á los hijos de la nación católica por excelencia. Temblaría tal vez si tuviera que recordar á los nietos de los aduladores de Enrique VIII los castigos que pesan sobre su apóstata nación; temblaría si tuviera que exhortar al hijo de la orgullosa Bizancio á arrastrar con paciencia las cadenas que mercedamente la agobian en pago de su imperdonable defección; pero hablar de la confesión de la Fé cristiana ó de la propagación del Evangelio á los hijos de aquella nación que jamás se ha avergonzado del yugo de Cristo, y por quien más de medio mundo ha abierto los ojos al conocimiento

del verdadero Dios, es una empresa dulce al par que fácil, y no me arredran ni mi juventud, ni mi inexperiencia. No me avergüenzo, pues, de confesaros ¡oh españoles! que con ansia he deseado, antes de regresar á la apartada región que me viera nacer y en donde ruego al Señor me sorprenda la muerte en medio de apostólicos trabajos; con ansia he deseado sentarme en este día á vuestro lado, y suministraros, aunque indigno, el pan de la palabra de Dios. Escuchadme: no cansaré por mucho tiempo vuestra atención. El deber que tenemos de conservar viva en nuestros corazones la Fé que nos legaron nuestros mayores; de confesarla sin temor á la faz del mundo y de mantenernos asidos á la Silla de Pedro, á esa columna de verdad, á esa barca de la salvación, formará la primera parte de mi discurso. El deber no menos estrecho que nos liga á cada uno según nuestro estado y posición, de conducir las ovejas descarriadas al redil de Cristo; de anunciar la Buena Nueva á los que aún yacen en las tinieblas y las sombras de la muerte; de combatir sin tregua contra los enemigos de la Iglesia, llenará mi segunda parte.

¡Espíritu Divino! que sin mirar la vileza del instrumento de que te sirves, soplas donde más es de tu beneplácito; que á una muda estrella infundiste la virtud de arrancar de sus reinos á tres poderosos monarcas y de hacerles renunciar á sus más inveteradas supersticiones: dignate inflamarme con tu lumbre celeste; lléname de tu sublime inspiración, y haz que arrebatado del ímpetu irresistible de tu celestial torbellino, no camine sino por donde tú me lleves; no hable sino lo que tú me sugieras: infunde tal fuerza á mis palabras que, al escucharlas,

mis oyentes se inflamen aún más de un santo zelo por el triunfo y propagación de nuestra Fé, y empiecen á trabajar activamente para que no haya más que un rebaño y un pastor: *ut fiat unum ovile et unus pastor.*¹

¡Madre de misericordia! presenta al Omnipotente nuestras plegarias.

AVE, MARÍA.

1 Joh. X, 16.

PRIMERA PARTE.

*El que me confesare delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre Celestial.*¹ Hé aquí, Señores, una de las promesas más consoladoras que salieran de los labios de Jesucristo y que deberíamos tener continuamente delante de los ojos. En vista de ella los Apóstoles llevaron á los confines más remotos de la tierra el nombre de su divino Maestro; ella fué la que hizo á los mártires despreciar los más crueles tormentos y desafiar á los más rudos tiranos; ella la que nos debe animar en todas las tribulaciones de esta vida; en todas las persecuciones que quizás tengamos que sufrir. No estamos, es cierto, en los tiempos de los Nerones y Dioclecianos; y me dirijo á un pueblo á quien no sólo no tengo que exhortar á no quemar incienso á las falsas divinidades de los paganos, sino que, por la gracia de Dios, se ha mantenido siempre unido á la verdadera Iglesia, siempre apegado á las piadosas tradiciones de sus mayores: necesita, empero, de una voz fuerte que sin cesar le recomiende el seguir por la senda que hasta aquí sin

¹ Mat. X, 32.

vacilar ha tenido; el resistir á las tentaciones que hoy por todos lados lo atribulan; el conservar siempre ese sagrado tesoro de la Fé, que no sin razón lo ha hecho merecer desde hace siglos el glorioso título de católico. *Convertere ad Dominum Deum tuum*¹ diría yo á la obcecada Inglaterra, á la impía Holanda, á la presuntuosa Alemania; volved, volved al seno de la Iglesia Católica que habéis vilmente abandonado; salid por fin del horroroso abismo en que os habéis sumergido. *Convertere ad Dominum Deum tuum* diría á la mísera Rusia, ó á los esclavizados restos de la soberbia Grecia; dejad que de nuevo el brazo paternal del sucesor de San Pedro os reuna al tronco de donde os habéis dejado separar, y que era el único de donde recibíais la vida. *Convertere ad Dominum Deum tuum* diría á una gran parte de la Francia; acabad por fin de desechar esos perniciosos principios que os convirtieron en un lago de sangre y sólo os alejaron más y más de la felicidad á que aspirabais. *Convertere ad Dominum Deum tuum*, ¡ay! tendría que decir también á la Italia; vuelve, vuelve mientras es tiempo á ocupar el rango que te compete entre las naciones católicas; muéstrales que si más que ninguna otra has recibido tu civilización, tu felicidad, tu sér mismo del Papado, más que ninguna otra eres también su sostén y su defensora. Conviértete, conviértete al Señor tu Dios *ad Dominum Deum tuum*; no sea que te maldiga y te abandone como al infeliz pueblo de Israel. Al hablar, empero, con los nietos de los heroicos súbditos de Isabel la Católica y del Rey Prudente, es grande mi consuelo al ver que sólo tengo que inculcaros lo que San Pablo enseñaba á

¹ Ose. XIV. 2.